

Teoría y narración en la historia

J. José Carreras

Comenzamos con una cita: «en el ámbito de los estudios históricos, la narrativa no ha solido ser considerada ni como producto de una teoría, ni como base de un método, sino más bien como una forma de discurso que puede o no utilizarse para la presentación de los acontecimientos históricos, en función del objeto primario de describir una situación, analizar un proceso histórico o bien contar una historia»¹.

Esta descripción del terna supone una plácida relación, sin complicaciones, entre narración e historia: se cuentan las cosas al hilo de un relato y se analizan situaciones recurriendo, puede suponerse, a teorías, es decir, a modelos, hipótesis o estructuras. Pero incluso cuando la relación ha sido así, cosa muy rara a partir del momento en que se tomó conciencia del método, nunca dejó de existir cierta tensión entre la generalización que implica una hipótesis o un modelo (la teoría) y la individualidad irrepetible que plasma una narración.

Bien, pues ése es nuestro tema: teoría y narración en la historia.

En un principio las cosas habrían estado muy claras. Para Aristóteles, y así será en lo fundamental hasta las postrimerías del pasado siglo, el conocimiento teórico, la teoría, se distingue por su universalidad, su carácter causal y su necesidad. Para otro tipo de co-

¹ HAYDEN WHITE, «La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual», en *El contenido de la forma*, Barcelona, 1992, pp. 41-74, cita p. 42.

nocimiento su opinión se condensó en la famosa fórmula de Duns Scotto: *de singularium non est scientia*².

Es decir, no puede haber ciencia en lo único e individual, que es contingente. En su *Ética* Aristóteles distinguirá dos mundos, el regido por los principios invariables descubiertos en la Naturaleza, y el cambiante y mudadizo de la praxis humana y la cultura³.

y la historia, concebida como narración que cuenta lo que ha visto o le han contado (Herodoto) o el pasado que ha reconstruido (Tucídides), la historia, imposible como ciencia, acampa forzosamente en las páginas de la *Poética*. Y aquí seguiría purgando el pecado de la contingencia de sus contenidos:

El historiador y el poeta, dice el Estagirita, no difieren entre sí por el hecho de que uno escriba en prosa y el otro en verso: pues podrían versificarse las obras de Herodoto y no por ello serían menos historia de lo que son. La diferencia radica en el hecho de que uno narra lo que ha ocurrido y el otro lo que ha podido ocurrir. Por ello la poesía es más filosófica y elevada que la historia, pues la poesía canta más bien lo universal, y en cambio la historia lo particular. Y en el siguiente párrafo se concluye: lo universal consiste en que a determinado tipo de hombre corresponde decir o realizar determinada clase de cosas según la verosimilitud o la necesidad. Tal es meta a que aspira toda poesía, aunque imponga nombre a sus personajes. Lo particular, en cambio, consiste en narrar lo que hizo o lo que le ocurrió a Alcibiades⁴.

La posterior emancipación de la retórica de las servidumbres del discurso forense, y su transformación en órgano estético y crítico, afianzó definitivamente en su campo a la historia como género literario, género narrativo. Un género literario *sui generis*, pues su «lábula» o argumento consistía en hechos reales (*res*) que debían ser expuestos en el ordo de una narración adecuada (*verba congrua*), liberada de todo artificio persuasorio: *la historia est ad narrandum, non ad probandum*, que decía Quintiliano...⁵.

² Los pasajes clásicos, en la *Metafísica*, I, 981 a 28-30, y VI, 1027 a 20-23.

³ *Ética a Nicámaco*, VI. De la misma manera opinará HovsEN en su *Historik* cuando habla de la Naturaleza, donde se repiten las formas y la monotonía de su periodicidad reduce la temporalidad a algo secundario: «und das Einerlei periodischen Wiederkehr setz das Zeitliche ihrer Bewegung zu einern sekundarcn Moment herab», mientras que en la historia humana observamos siempre nuevas formas y cada forma nueva es un individuo distinto (en un apéndice a su *Historik* titulado precisamente «Natur und Ceschichte», en la ed. de R. Ilübner, Munich, 1937, p. 411, este texto no está incluido en la traducción por la que citamos más adelante).

⁴ *Poética*, IX, trad. de T. ALSINA CLOTA, Barcelona, 1987, p. 35.

⁵ LAUSBERG, *Handbuch der literarischen Rhetorik*, 2 vols., Munich, 1960, § 255, I, 140; § 290, I, 165. Hay traducción castellana, Madrid, 1966. En Aristóteles el pro-

De esta manera, durante cientos de años, prácticamente sin excepciones hasta el siglo XVIII, la historia fue narración. Los momentos en que abandonó el canon narrativo fue para enumerar en vez de contar, una recaída en la estructura analista, de la que Aristóteles también había opinado, situándola al margen de toda poética:

... las historias habituales en la que necesariamente se expone, no una sola acción, sino sólo un período de tiempo, es decir, lo que en tal tiempo sucedió a una o más personas, aunque entre estos acontecimientos exista sólo una relación fortuita... (pues) alguna vez un hecho ocurre después de otro sin que ambos tengan una finalidad común⁶.

Siempre que se ha evocado la relación ancilar de la historia con la retórica se han tenido presentes sobre todo los efectos perniciosos, que los hubo, pero hubo también otras cosas. En primer lugar, el análisis retórico de la acción racionalizó la estructura narrativa de la historia. La máxima humanista de *consilia primun, deinde acta*, primero las intenciones, después las acciones, se descomponía en los tratadistas en una disposición, precedida de la determinación de la unidad de tiempo y lugar, que comprendía *consiliae et causae, acta y eventus* (el efecto o consecuencia), constituyendo un *ordo narrationis* que, de haberlo conocido, habría hecho las delicias de los filósofos analíticos de la historia. Así, por ejemplo, Palmieri en su narración de la conquista de Pisa nos dice que la historia no tiene sólo que contar *quodfactum sit*, sino exponer en su narración *qua rationes, quibus consiliis, quo tempore, per quos el quomodo queque sint gesta* 7.

Y hubo algo más, un algo que nos permite abordar el tema de la teoría. La racionalización de la narración de las *res gestae hominum* alumbraba constantes antropológicas, situaciones repetidas y procesos cíclicos que daban dimensiones potencialmente teóricas a la historia. La cuestión, como fácilmente se adivina, está relacionada con el topos ciceroniano de *historia magistra vitae*⁸. Evidentemente, hay

blema de la presentación es en primer lugar el problema de qué manera pueda representarse de manera convincente una imagen de algo que pertenece al pasado, ver todo el problema en detalle en E. KESSLER, «Das rhetorische Modell der Historiographie», trabajo fundamental publicado en *Formen der Geschichtsschreibung*, ed. por KOSSELLECK, H.; LUTZ, B., y RÜSSEN, J., Munich, 1982, pp. 37-83.

⁶ *Poética*, XXIII. ed. cit. p. 66.

⁷ Citado en LANDEFESTER, *Historia Magistra Vitae. Untersuchungen zur humanistischen Geschichtstheorie des 14. bis 16. Jahrhunderts*, Ginebra, 1972, p. 116, por lo demás pp. 108 Yss.

⁸ El topos tiene importancia en un marco más general, ver KOSSELLECK, R., «Historia Magistra vitae. Deber die Auflösung des Topos im Horizont neuzeitlich bewegter Geschichte», en *Natur und Geschichte, Festschrift K. Löwith*, Stuttgart. 1967.

una interpretación tradicional que no va más allá de considerar a la historia como un depósito inerte de *exempla* de unos preceptos o principios morales previamente definidos. Pero también hay otra cosa: la aspiración de la narración a fundamentar un cuerpo de doctrina de los condicionantes de la acción humana. Y tal ya había sido la pretensión de Tucídides, renunciando expresamente a deleitar a sus lectores, pero proclamando orgullosamente que su obra «en suma, es una adquisición definitiva, no una pieza de circunstancias compuestas para la satisfacción del momento», porque «esperaba que la juzguen de utilidad todos aquellos que aspiran a formarse una idea de los hechos y de aquellos que, más o menos semejantes, puedan ocurrir en el futuro»⁹.

En Polibio la pretensión es todavía mayor, formulando la teoría del ciclo de constituciones, la monárquica, la aristocrática y la democrática, con sus formas degenerativas correspondientes¹⁰.

Siete siglos después, Maquiavelo no opinará al respecto de otra manera, cuando concluye: *Il che nasce perché essendo quelle operate dagli uomini che hanno ed ebbono sempre le medesime passioni, conviene di necessita che le sortischino il medesimo effetto*¹¹,

Y al hilo de reflexiones de este tipo, la historia se atreverá a enfrentarse nada menos que con el saber teórico por excelencia de la filosofía. Lorenzo Valla refería el *locus classicus* de la Poética aristotélica con una conclusión distinta. Mientras que *philosophi quidem* la poesía es superior a la historia y próxima a la filosofía, *quia in generalibus versetur*, el humanista italiano cree que las cosas deben ser al revés, situando a la historia en primer lugar. La historia, en la medida en que *per exempla docet*, trabaja también con *universalia* yes superior a la filosofía para regular la acción humana¹².

Un paso más, y la teoría de la historia del humanismo concederá a la historia una dimensión propia de la teoría, la capacidad predictiva, *e praeteritorum eventum futura perspicere*, que es lo que viene a afirmar Maquiavelo cuando dice que *gli e facil cosa a chi esamina con diligenza le cose passate, prevedere in ogni republica le future e*

⁹ *Historia de la guerra del Peloponeso*, I, 22, versión de ALSINA, Madrid, 1976, 44.

¹⁰ POLIBIO, VI, 5-9, y VI, 10.

¹¹ *Discorsi sopra la prima decada di Tito Livio*, ed. de BERTELLI, Milán, 1960, III, 43, p. 496.

¹² Las citas de la biografía de Fernando el Católico en LANDFESTER, *op. cit.*, p. 143. A la vista de estos textos se comprende la observación de LUBBE de que al abandonar posteriormente el topos de *Historia Magistrae Vitae*, la historia renunció a su *Theoriebildungsjunktion*, a su capacidad teórica. *Geschichtsbegriff und Geschichtsinteresse*, Basilea, 1977, p. 242.

*farvi quegli rimedi...*¹³ Y a falta de ciencia social con la que medirse en el terreno de la prognosis, algún humanista no duda en comparar con ventaja a la historia con la astrología, *multo certius ex historia quam astrorum observatWnls...*¹⁴

Por tanto, de la antigüedad a la primera modernidad la historia a menudo se resiste a ser una «matrona pudica», limitada a un conocimiento contingente de lo contingente, *rwititia imperfecta* que se conoce *methodum propria dictamen*¹⁵. Pero, por lo que aquí nos ocupa, hay que insistir en que los esfuerzos por dar una dimensión teórica al relato nunca atentan a la estructura narrativa que le asignaba la preceptiva clásica desde Aristóteles, al revés, la refuerzan, racionalizándola. Las cosas van a cambiar, porque también van a cambiar los contenidos que privilegia la historia, en el siglo XVIII.

Antes la historia pasará un calvario, cuando cayó más bajo de donde le habían situado el mismo Aristóteles, al ser despojada de su condición de narración veraz por el pirronismo histórico del siglo XVII. La historia seguía siendo narración, pero una narración que no sólo carecía rotundamente de teoría, sino que solía también carecer de verdad, mera narración retórica vacía, erudición discutible o bárbara crónica del poder¹⁶. Por eso, tal historia era incapaz de responder a la demanda social de la élite ilustrada, como la de aquella *dame philosophe* que se complacía leyendo filosofía inglesa y se disgustaba con la narración prolija y dudosa de batallas, conquistas y acciones de Estado. Para aquella dama, Madame de Châtelet, escribió su enamorado Voltaire su *Essai sur les moeurs*, su Historia universal¹⁷.

Como es sabido, la ambición de la Ilustración de razonar la historia produjo una historia razonada, capaz de desarrollar su propia teoría de la evolución y del progreso humano, de la cultura y de la civilización. Aunque la Ilustración dio algunos de los clásicos de la

¹³ *Discorsi*, I, 39, ed. citada, p. 222.

¹⁴ *Aventinus*, citado en LANDESTER, *op. cit.*, p. 153.

¹⁵ El calificativo de «matrona pudica» es de CLAHINI, en LANDESTER, *op. cit.*, p. 95, el resto de las citas de un tratadista alemán de principios del siglo XVII, KECKERMANN, B., también citado en LANDESTER, *op. cit.*, p. 145.

¹⁶ El pirronismo, implícitamente, proporciona la imagen de la historia que debería ser, una historia científica que diese cuenta exacta de lo sucedido, ver: META SCHIELE, *Wissens und Glauben in der Geschichtswissenschaft. Studien zum historischen Pyrrhonismus in Frankreich und Deutschland*, ITeidelberg, 1930. En términos retóricos suponía un desplazamiento del centro de interés de la *dispositio* a la *inventio* (ver KESSLER, *op. cit.*, p. 82), que es lo que harán algunos de los historiadores de Göttingen aludidos más adelante.

¹⁷ VOLTAIRE, *Essai sur les moeurs*, ed. de POMEAU, París, 1963, 2 vols., II, pp. 866 s. y 883 ss.

narración histórica, basta con hojear el índice de capítulos de una obra tan representativa como la citada de Voltaire para darse cuenta de que la obligada atención a los nuevos contenidos, el estado de la sociedad y de las artes bellas y útiles, así como el carácter polémico y crítico del texto, en constante diálogo con el lector, atenta muy a menudo contra el hilo de la narración, intercalando análisis a su manera (Je estructuras de siglos enteros ¹⁸).

Ahora bien, Voltaire, como otros muchos ilustres ejemplos, era otra cosa además de autor de libros de historia. No era un historiador profesional de dedicación exclusiva a la investigación y a la enseñanza, era examentamente lo contrario. La historia como disciplina universitaria realizó su paso de la erudición a la ciencia, por razones que no son del caso, en una ciudad muy lejana del mundano París del siglo XVIII, en la pequeña ciudad de Göttingen, del Electorado de Hannover. Allí, historiadores como Gatterer y Schlözer unían la amplitud de miras de un Voltaire, un Gibbon o un Montesquieu con el dominio de la erudición y la crítica textual, incorporando además parte de las llamadas *Kameralwissenschaften*, ciencias de la administración, que incluían, por ejemplo, la *Statistik*, en la época una descripción de las estructuras e instituciones y sociedades ¹⁹.

Esto ya habría sido suficiente para amenazar la pureza narrativa de la historia. Pero hubo algo más, y muy importante. Aquellos profesores de historia creían en la capacidad de su ciencia para formular explícitamente teorías que conformasen el plan de la exposición final de la enorme masa de conocimientos acumulada por la erudición de siglos.

Por ejemplo, Carl Renatus Hausen, que habría de terminar su carrera profesional donde casi medio siglo después la comenzaría Ranke, en Frankfurt an Oder, comienza una obra diciendo que la historia en principio (*an und sich selbst*) es una serie de datos (*Bege-*

¹⁸ Un buen ejemplo lo proporcionan los capítulos 31 a 35, donde VOLTAIRE habla de las costumbres, usos, comercio, riquezas de los siglos XIII y XIV. En el primero el autor formula, frente a la historia narradora de batallas, su idea de lo que ha de ser la historia: «Je voudrais découvrir quelle était alors la société des hommes, comment on vivait dans l'intérieur des familles, quels arts étaient cultivés, plutôt que de répéter tant des malheurs et tant de combats, funestes objets de l'histoire, et lieux communs de la méchanceté humaine» (ed. citada, I, p. 757).

¹⁹ De toda la bibliografía sobre la escuela de Göttingen que se ha incrementado notablemente en estos últimos años, es de especial interés el volumen *Von der Aufklärung zum Historismus*, ed. por BLANKE y RUSSEN, Paderborn, 1984, en la medida en que trata de sus logros y límites contrastándolos con la tradición científica que se impuso en el siglo XIX, ver especialmente el trabajo inicial de RUSSEN, *Von der Aufklärung zum Historismus. Idealtypische Perspektiven eines Strukturwandels*, pp. 15-58.

benheiten) sin principios generales, y en consecuencia no es ciencia. Pero el historiógrafo (*Geschichtsschreiber*) la sistematiza en la medida en que domina la teoría 20.

No puede decirse que estos profesionales tuvieran fortuna en su empeño, que excedía con mucho a sus posibles, pero el manejo y discusión de conceptos tales como *agregado* y *sistema*, *sincrónico* y *narrativo*, *teoría* y *plan*, acusan la impresionante modernidad de sus planteamientos. No es de extrañar que a partir de los sesenta se hayan recordado (y reeditado) como lejanos predecesores de la teoría histórica o de la historia teórica actual 21. En todo caso, el resultado dejó mucho que desear: materialmente recayeron repetidamente en la compilación polihistórica de los viejos manuales y, formalmente, su estilo, esforzándose por alterar análisis y narración, argumentación y exposición, fue plúmbeo y quebrado. Cosas todas que prestaron fácil flanco a la crítica de los que vinieron después y recuperaron de nuevo, y a un nivel más elevado, la vieja retórica de la historia como narración.

Efectivamente, el historicismo de comienzos del siglo XIX, que concibió la historia como el estudio de la individualidad irrepetible de los actos humanos, volvió la espalda decididamente a la tradición de la Ilustración. Una tradición condenada por muchas cosas, pero por lo que hace a nuestro tema precisamente por haber puesto en pe-

²⁰ «Die Geschichte and vor sich selbst ist eine Reihe von Begebenheiten, sie hat keine allgemeinen Grundsätzen und ist demnach als keine Wissenschaft zu betrachten. Allein der Geschichtsschreiber muss die Kunst verstehen, ihr die systematische Einkleidung zu erteilen. Diese muss er als seine vorzügliche Absicht bei mündlichen und schriftlichem Vortrage der Geschichte zu erfüllen suchen. Er kann sie erreichen; so bald er die Theorie der Geschichte versteht...». En *Von der Theorie der Geschichte* (1766), edición de BLANKE y FLEISCHER, *Theoretiker der deutschen Aufklärungshistorie*, Stuttgart, 1990, I, p. 301.

²¹ BECHER, URSULA A. I., por ejemplo, no duda en señalar los puntos de contacto entre la historia social alemana actual y los historiadores de Göttingen, en un trabajo que, por lo demás, afecta directamente a nuestro asunto: «August Ludwig von Schlözer-Analyse eines historischen Diskurses», en *Aufklärung und Geschichte*, ed. por BÖDEKER YOTOS, Göttingen, 1986, pp. 344-363. La autora insiste en el contraste entre la posición autoritaria del autor en la tradición retórica y la comunidad comunicativa que se establece, por el contrario, en el texto de Von Schlözer, concluyendo que «die gleichgewichtige Bedeutung von Autor und Leser im historischen Diskurs spiegelt die Bedeutung wider, die Idee des autonomen bürgerlichen Subjekts in der Gesellschaft der Aufklärung gewonnen hat, ein Zeichen für die Krise der Rhetorik» (p. 361). La cita es interesante, por mostrar que la crisis de la retórica es otro aspecto de la crisis de la sociedad. Y puestos ya a citar, el mismo volumen incluye, esta vez en inglés, un ilustrativo artículo de IGGERS sobre el marco historiográfico de esta interesante escuela de Göttingen: «The European Context of Eighteenth-Century German Enlightenment Historiography», pp. 225-246.

ligro la autonomía de la narración. La manifestación clásica del nuevo espíritu es el famoso prólogo de Ranke a su primera obra, donde se recupera el topos de la historia como narración verdadera y el principio de la unidad narrativa como categoría:

El propósito y materia determinan la forma. No es posible exigir de una historia ese desarrollo libre que la teoría, por lo menos, busca en una obra poética... no cabe duda de que para el historiador es ley suprema la exposición rigurosa de los hechos, por muy condicionados y carentes de belleza que éstos sean.

Otra ley a la que hemos creído nuestro deber someternos ha sido el desarrollo de la unidad y trayectoria de los acontecimientos. Por eso, en vez de arrancar, como tal pudiera esperarse, de una exposición general de las condiciones públicas existentes en Europa, lo que, evidentemente, habría dispersado, si no trastornado, el punto de vista de nuestro estudio, hemos preferido poner de manifiesto minuciosamente lo que fue cada pueblo, cada potencia, cada individuo en el momento en que ese pueblo, esa potencia, ese individuo aparece en escena de un modo activo o con papel dirigente... De este modo podíamos comprender mucho mejor, por lo menos, la línea seguida en general por todos ellos, su trayectoria, el pensamiento que los mueve²².

Este propósito, que recuerda claramente la introducción de Tucídides a su *Guerra del Peloponeso*, pero desprovista de su pretensión ejemplarizante, es decir, generalizadora, se concreta más adelante al formular el «sublime ideal» común al escritor alemán ya los «nobles modelos antiguos»: «Los hechos mismos en su comprensibilidad humana, en su unidad y en su plenitud»²³. Vista así la historia como relación de los hechos eminentes de individuos eminentes, fueran personalidades o estados, su forma natural de exposición vuelve a la narración, una narración cuyos testimonios de veracidad ya no alteran su estructura, pues Ranke los expulsa a notas de pie de página, cuando no los encierra en libro aparte, como ocurrió en esta obra primeriza. ¿Ha desaparecido entonces toda dimensión teórica de una narración que rechaza abiertamente la pretensión ejemplificadora común a la tradición retórica y a la Ilustración, para complacerse en la vivencia de lo concreto y lo inmediato? Una idea que se resume en

²² Citamos por la traducción de ROGES del prólogo de 1824 a la «Historia de los pueblos latinos y germánicos de 1494 a 1535», en *Pueblos y Estados en la Historia Moderna*, México, 1948, pp. 38-39. En un marco distinto RÜSSEN, «Rhetorics and Aesthetics of History: Leopold von Ranke», en *History and Theory*, 29 (1990), pp. 190-204.

²³ *Op. cit.*, p. 41.

la frase tantas veces citada de «tratarnos simplemente de exponer cómo ocurrieron en realidad las cosas»²⁴

Nada más equivocado que suponer esto, confundiendo el idealismo historicista con sus formas degradadas de finales de siglo. Lo que sucede es que en ningún lugar el narrador explicita el indudable estatuto teórico de las «ideas» y «tendencias» en la historia, dado que se conciben, no como conceptos generales, sino como formas comprensibles, de comprensión (*verstehen*) de las intenciones de los actores históricos, protagonistas del decurso narrativo. Pero estas ideas existen, como decía por los mismos años un autor tan respetado por Ranke como Guillermo de Humboldt: «... lo sucedido es sólo parcialmente visible en el mundo de lo sensitivo; el resto tiene además que ser intuido, inferido, adivinado...»²⁵.

Ciertamente, las cosas fueron cambiando a finales de siglo, en la época del bien o mal llamado positivismo historiográfico, cuando se supone, se supone mal o bien, que la historia se transforma en una mera relación de hechos comprobados por las fuentes²⁶. Es verdad que hasta el final de la escuela la historia política se considera como el género histórico por excelencia, y es verdad que tal tipo de historia encuentra su expresión natural en una narración con *dramatis personae*. Pero también es verdad que no hay que esperar, por ejemplo, a los *Annales* para observar cómo el obligado contacto con ciencias sistemáticas, como el Derecho o la economía, produce obras que, como el *Estado de la Edad Media*, de un autor tan conservador, e incluso claramente reaccionario, como von Below, anticipan la historia-problema proclamada en los años treinta y cuarenta de nuestro siglo²⁷.

²⁴ Merece la pena citarlo entero: «todas estas historias de las naciones latinas y germánicas, y las demás que con ellas se relacionan, aspiran a ser comprendidas en su unidad en el presente libro. Se ha dicho que la historia tiene por misión enjuiciar el pasado e instruir el presente en beneficio del futuro. Misión ambiciosa, en verdad, que este ensayo nuestro no se arroga. Nuestra pretensión es más modesta: tratarnos, simplemente, de exponer cómo ocurrieron en realidad las cosas» (ed. citada, p. 38).

²⁵ «Sobre la tarea del historiógrafo», texto de 1821, en *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, ed. de ORTEGA y MEDINA, JUAN A., México, 1980, pp. 95-117, la cita en 95.

²⁶ Que esto no fue así he procurado recordarlo en «Ventura del positivismo», *Idearium*, 1 (1992), pp. 13-23.

²⁷ En su estudio sobre este historiador, OEXLE, O. G., concluye que representó un tipo de investigación que en Francia defendieron más tarde los *analistas*, especialmente MAHE BLOCH, el de la *histoire-probleme* en vez de la *histoire-recit*, «auch für Below stand am Anfang, nicht der Stoff, sondern das Problem». «Ein Politischer Historiker: Georg von Below 1858-1927», en *Deutsche Geschichtswissenschaft um 1900*, ed. por ITAMMEHSTEIN, N., Stuttgart, 1988, pp. 283-312, 292-293.

Así no es de extrañar que Johan Huizinga recapitulase melancólicamente la evolución de la forma de la historia, desde mediados del siglo XIX, como un progresivo oscurecimiento de su dimensión épica y dramática, como un creciente predominio de la *disquisitio* sobre la *retalio* ²⁸.

Pero no hay que esperar a la práctica histórica finisecular para constatar la pérdida, aunque sea parcial, del monopolio de la narración. En el mismo corazón de la centuria, en su *Historik*, cuyas primeras versiones datan de los años cincuenta, Droysen rompió con dos prejuicios. Uno el de «no incluir la forma de la investigación en el ámbito de las exposiciones históricas, porque con la palabra exposición se tiene de inmediato la idea momentánea de arte y de reglas artísticas». El segundo, el de «una mera rutina, la de entender la exposición histórica como sólo una narración», porque «nada ha sido más fatal para nuestra ciencia que el haberse acostumbrado a ver en ella una parte de las bellas letras y a considerar que la pauta de su valor es el aplauso que recibe del público culto. Y las siempre reiteradas frases, sigue diciendo Droysen, de la objetividad de la presentación y de que se deje hablar a los hechos mismos, de que hay que procurar alcanzar la mayor claridad y vivacidad posible en la exposición, nos ha llevado tan lejos que el público ya no queda satisfecho si no lee un libro de historia como si fuera una novela» ²⁹. Un texto que no tiene desperdicio en estos años de resurrección de cierta narrativa...

En consecuencia, y sin abjurar de la narración, Droysen colocó en pie de igualdad con ella la exposición didáctica, también de carácter sintético, y otras dos de carácter analítico, la investigante, una mimesis del proceso de investigación, y la discursiva, donde al revés que sucede en la investigante, «lo hasta ahora devenido y sucedido tiene que motivarnos la decisión de lo que ha de suceder en adelante. Aquí es lo nuevo, lo que promueve el presente, problemático, allí está en cuestión un pasado y algo sucedido» ³⁰. De manera análoga, podría decirse, razonará mucho más tarde la historia-ciencia social alemana para enfrentarse con la Alemania de Bismarck o el nacionalsocialismo...

²⁸ ((Deber eine Formveränderung der Geschichte seit der Mitte des 19. Jahrhunderts), conferencia pronunciada unos años antes de su muerte en 1941, en *Im Banne der Geschichte. Betrachtungen und Gestaltungen*, 2.ª ed., Bruselas-Zurich, s. a., pp. 107 ss.

²⁹ Las citas por la traducción de GARZÓN VALDÉS y GUTIÉRREZ GIIHADOT: GUSTAV DROYSEN, Johann, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, Barcelona, 1983, pp. 341 y 337.

³⁰ *Op. cit.*, p. 388 (traducción ligeramente corregida por nosotros).

En fin, hechas estas salvedades, todos sabemos que, por diversas y varias razones, la metamorfosis última o penúltima de la historia, el abandono del «paradigma decimonónico» para expresarnos más solemnemente, se simboliza en la fundación en 1929 de los *Annales*, rematándose en los años sesenta con la incorporación al proceso de cambio de la escuela alemana, último bastión hasta entonces, eso parecía, de la vieja manera de hacer.

Una metamorfosis más profunda y, sobre todo, más sistemática y consciente que la registrada durante la Ilustración.

La ofensiva, pues de eso se trata, de una ofensiva en toda regla, se realizó en dos frentes y con distintos objetivos. En el frente de la profesión histórica y en el frente de los filósofos analíticos de la historia anglosajones.

En el frente de la profesión el primer objetivo a batir era precisamente, como dijo Braudel, «la historia-relato, a la que tan aficionado era Ranke»³¹. En la narración se ven todos los pecados juntos, sobre todo el de la reducción de la historia a una crónica perfeccionada de la vida política del Estado y de las intenciones de sus servidores. Las alternativas propuestas serán muy distintas, y hasta opuestas, pero todas coinciden en rechazar la narración en beneficio de la descripción de las grandes permanencias geohistóricas, del análisis de estructuras y coyunturas e incluso, como en el caso alemán, de la elaboración y aplicación de teorías.

Por el otro lado, los filósofos anglosajones, que combatían por su cuenta y no parecen estar al corriente de las nuevas maneras historiográficas, no se preocupan de si la historia es o no narración, sino que se concentran en el problema de la unidad de la ciencia, de la ciencia tal como la entendía el Círculo de Viena. Su acometida será contra el *verstehen*, que desde los noventa del pasado siglo, y aun desde antes, respaldaba filosóficamente la narración histórica entendida como proceso de intenciones. Lo que les interesaba era demostrar que la explicación en historia no se albergaba en un acto inefable de «comprensión», de reproducción de vivencias pasadas por identificación, sino que consistía sencillamente en la subsunción de un caso particular bajo leyes generales como en cualquier otra ciencia, tal como se expone en el famoso artículo de Hempel³². La estructura narra-

³¹ Lección inaugural de BRAUDEL en 1950 en el College de France, en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, 1974, p. 28.

³² Es significativo (y gracioso) que Gardiner, filósofo de la misma escuela, aunque no coincide con Hempel, concluya que los intentos de aproximar la historia a las ciencias sociales, entre otras cosas abandonando la narración de lo sucedido para intentar hallar correlaciones más precisas o reformular conceptos, conllevan el peligro

tiva como tal no resultaba afectada, como 10 muestran los ejemplos desconcertantemente ingenuos de estos filósofos, pero su autonomía explicativa se perdía al remitirse a leyes generales.

Bien, ésta fue la situación hasta aproximadamente los años setenta. A partir de entonces las cosas parece que han comenzado otra vez a cambiar. Primero fue el requerimiento antropológico a la historia, para que volviese la espalda a los grandes procesos anónimos y a las clases sociales sin rostros, para retornar a una nueva narración con nuevos sujetos y nuevos argumentos. No los grandes de antaño, sino un matrimonio adulterino del siglo XVII o un panadero hereje del siglo XVI, por poner dos conocidos ejemplos. A esto se sumaba la crítica conservadora que había acompañado como su sombra a la nueva historia desde el principio, y que le recriminaba su abandono de la narración y su enclaustramiento en la teoría, incapacitándose para percibir la riqueza y espontaneidad de la vida pasada y corriendo, además, el peligro de ser instrumentalizada *more popperiano* por ideologías totalitarias.

En este contexto la crítica se cebó también en el lenguaje de los historiadores, contagiados por la terminología de las ciencias sociales, que hacía sus obras incomprensibles para el público culto. En vez de contar historias, lo que siempre habían hecho los historiadores, esta vez se dedicaban a intercambiarse entre ellos informes técnicos sobre Historias que ya no sabían ni quenan contar³³.

De la misma manera que la exigencia de una teoría en historia siempre había ido acompañada de cierta desconfianza del valor de la narración, hasta su puro rechazo, también la reivindicación de la narración en nuestros días ha marcado a la par un profundo escepticismo en la dimensión teórica de la historia. Y la situación se agravó todavía más con la intervención de los filósofos. Efectivamente, el «debilitamiento» progresivo del modelo nomológico hempeliano, iniciado por su propio autor, desembocó en la aparición del narrativismo, es decir, en la narración considerada, no como un mero medio de transmisión de información, sino como el contexto natural de pro-

de que, como Alicia en el País de las Maravillas, podríamos descubrir que el niño que tenemos en los brazos se ha convertido en un cerdo... (*The Nature of Historical explanation*, Oxford, 1952, p. 71).

³³ Aparte de la polémica en torno al artículo de STONE, muy conocida entre nosotros desde su publicación en el número 4 (1982) de *Debats*, es muy interesante para el tema que nos ocupa la desarrollada entre un representante de la narración clásica, como COLO MANN, y uno de los protagonistas de la revolución historiográfica alemana de los sesenta, como WEHLER, recogida en un volumen titulado precisamente *Theorie und Erzählung in der Geschichte*, Stuttgart, 1979, pp. 17 y ss.

ducción de significados. Una estructura narrativa que explica una cosa al contarla sería precisamente historia. Así, los filósofos analíticos anglosajones recuperan a su manera el principio rankiano de contar simplemente lo que pasó: «cualquiera que sea la vaguedad de la caracterización de Ranke —conduye por ejemplo el cabeza de la escuela, el filósofo Arthur C. Danto—, y por muy injustificables que sean las interpretaciones que hayan proporcionado sus críticos hostiles, resulta una caracterización admirable de 10 que pretenden los historiadores»³⁴.

Yendo más allá, otros autores (esta vez también alemanes y algunos franceses) desvelan la narración como estructura ontológica, considerándola, no como mera estructura lógica y temporal de los textos y las argumentaciones históricas, sino como una de las condiciones fundamentales de la existencia humana, la narración como filosofía...³⁵ A estas alturas especulativas el postulado del carácter narrativo de la historia poco tiene que ver con el problema de tejas para abajo de la historia narrativa, pues la narratividad esencial de todo 10 humano abriga por igual a la *Historia de los Papas* de Ranke que al *A4editerráneo* de Braudel...

No es éste el momento, ni entra en mis capacidades, de entrar en tales profundidades. Por lo que hace al tema que de manera más modesta nos ocupa, la relación o la oposición entre teoría y narración, el problema ha desaparecido por sublimación. La cuestión de fondo, empero, es si esta operación filosófica contribuye no sólo a debilitar el estatuto epistemológico de la historia, sino también a despojarle de la función crítica en un mundo que cambia y frente a «un futuro difícil e incierto», como ha dicho hace poco Fontana³⁶.

³⁴ DANTO, ARTHUR C., *Historia y narración*, Barcelona, 1989, p. 94. Esta edición contiene traducción de los capítulos 1, 7 y 8 de su *Analytical Philosophy of History*, publicada en 1965, y que suele considerarse como la iniciadora de las tesis narrativistas.

³⁵ Ver BERMEJO, «La Historia, entre la razón y la retórica», *Hispania*, núm. 174 (1990), pp. 237-276, especialmente 253 y ss.

³⁶ FONTANA, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, 1992, p. 146. Ver, por lo que hace al tema, «El retorno a la historia narrativa», pp. 17 y ss.